

Adrián López Bueno¹

EL levantamiento comunal del 18 de marzo en París como fruto del solapamiento entre la revolución burguesa y la revolución proletaria

The Communal Uprising of March 18 in Paris as a Product of the Overlap between the Bourgeois Revolution and the Proletarian Revolution

57

Fecha de recepción: 24 de marzo de 2022

Fecha de aceptación: 27 de mayo 2022

Resumen

El objetivo de este artículo consiste en descifrar el significado de la insurrección parisina del 18 de marzo de 1871. Para ello se realiza un análisis sobre la relevancia del marco democrático-republicano para las masas parisinas durante el siglo XIX y sobre el grado de desarrollo de la clase obrera en los años previos a la Comuna de París. Tras repasar los acontecimientos fundamentales que conducen a la Comuna de París, se concluye que la revolución fue fruto de la brecha existente entre las conquistas históricas de la revolución burguesa y la realidad política en París.

Palabras claves: Comuna de París, revolución burguesa, revolución proletaria, Dictadura del proletariado, identidades políticas.

Abstract

The aim of this article is to unravel the meaning of the Parisian insurrection of March 18 (1871). To this end, I analyze the relevance of the democratic-republican framework for the Parisian masses during the 19th century and the degree of development reached by the working class in the years prior to the Paris Commune. After analyzing the main events that lead to March 18, I conclude that the communal revolution was only possible

¹ Licenciado en Ciencia Política y Gestión Pública (Universidad del País Vasco, UPV). Máster en Globalización y Desarrollo (Instituto HEGOA, UPV). Candidato a Doctor en Sociología (UPV). Correo: adrian.lopezb@ehu.eus. ORCID: 0000-0003-0839-5468.

because of the gap between the historical conquests of the bourgeois revolution and the existing political reality in Paris.

Keywords: Paris Commune, bourgeois revolution, proletarian revolution, Dictatorship of the proletariat, political identities.

Introducción

Decía Trotsky que “cada vez que volvemos a estudiar la historia de la Comuna descubrimos un nuevo matiz gracias a la experiencia que nos han proporcionado las luchas revolucionarias ulteriores”². Y es que la praxis revolucionaria estira y pone en tensión elementos que la Comuna, por su brevedad, solo pudo vislumbrar parcialmente. Las condiciones actuales son inmejorables para identificar esos nuevos aspectos, indetectables en el pasado. Los balances que los revolucionarios realizaron durante el siglo XX estuvieron siempre condicionados: 1) por necesidades coyunturales a superar; 2) por el reconocimiento tácito de que las bases del marxismo eran inamovibles al haber demostrado en la práctica su validez, sin cuestionar los presupuestos histórico-políticos que garantizaban esa operatividad; 3) por el auge del movimiento obrero y campesino durante gran parte del siglo XX, que invitaba a los revolucionarios a acelerar el periodo de estudio crítico de su historia para remitirse lo más rápido posible a las masas y dotar a su movimiento de una dirección política, lo que restaba sustantividad propia a esta tarea. Es así que no se produjeron balances integrales, sino parciales. La caída del muro, sin embargo, supone un punto de inflexión. El movimiento revolucionario se desvanece prácticamente en todo el mundo, de modo que no hay necesidades coyunturales a las que atender; la crisis del marxismo como concepción del mundo y como referente político induce a varios estratos sociales a poner en tela de juicio los cimientos sobre los que se asienta toda la obra revolucionaria del siglo XX; el aletargamiento general de los movimientos de masas, sobre todo en Occidente, permite tomar cierta distancia pues no existe necesidad alguna de subirse urgentemente a ese “tren” para proporcionarle una dirección inmediata. En consecuencia, se abre un periodo donde la reflexión sosegada es posible.

La recapitulación general sobre la obra histórica de la Revolución Proletaria (que no va a quedar reflejada en este documento) desde la perspectiva más elevada (el máximo grado

² Trotsky, León, *Las lecciones de la Comuna*, 1921.



alcanzado por la praxis revolucionaria³) nos ha ofrendado una premisa que explica en gran medida las potencialidades y limitaciones de sus experiencias particulares: la superposición histórica y política entre la revolución burguesa y la revolución proletaria⁴. Aplicaremos este presupuesto a nuestro objeto de estudio, la insurrección del 18 de marzo de 1871 que dio origen a la Comuna de París, para tratar de verificar sus repercusiones y, de ser así, reforzar la capacidad explicativa de este marco teórico. Lo hacemos escogiendo la experiencia más paradigmática en este sentido, pues en el caso francés este entrelazamiento es extremadamente explícito: Francia es la cuna de la revolución burguesa y por eso sus características aparecen agravadas incluso cuando este proceso se está consumiendo. Para este propósito emplearé el método de revisión bibliográfica apoyándome tanto en estudios académicos y partidistas especializados sobre la Comuna de París como en investigaciones históricas que me servirán para bosquejar su contexto sociohistórico.

Delinear este escenario sociohistórico es indispensable para desacreditar las explicaciones que priorizan la coyuntura frente a la estructura, los acontecimientos frente al marco objetivo y subjetivo en que se insertan esos sucesos. De esta limitación se desprenden aquellas concepciones de la Comuna como “accidente”⁵.

³ “La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono” Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Madrid: Siglo XXI, 1998). P.26.

⁴ El concepto de revolución proletaria está sintetizado en las páginas 82 y 85, cuando se identifica con la dictadura del proletariado encarnada por la Guardia Nacional (posteriormente, con la Comuna de París). En lo relativo al concepto de revolución burguesa, que ha sido cuestionado por la historiografía dominante en los últimos 30 años, no casualmente coincidiendo con la crisis del marxismo, considero que los argumentos tendentes a presentar la Revolución francesa como una lucha de élites frente a la interpretación clasista son desacertados. En este sentido, me adhiero a la historiografía clásica que va desde Jaurés hasta Soboul y que se extiende hasta la actualidad y que defiende el uso del término revolución burguesa para caracterizar la transición política del feudalismo al capitalismo en Francia. Para una justificación contemporánea del empleo de esta noción y la historia de su cuestionamiento ver, respectivamente: Heller, Henry, *The Bourgeois Revolution in France 1789-1815*, Nueva York: Berhahn Books, 2006; Hobsbawm. Eric, *Los ecos de la marselesa*, Barcelona: Editorial Crítica, 1992.

⁵ Edwards, Steward, *The Paris Commune 1871*, Londres: Eyre and Spottiswoode, 1971. P.1.

Antecedentes: la yuxtaposición de la Revolución burguesa y la formación de la clase obrera

Los ecos de la revolución burguesa en la Francia decimonónica

El modo de producción burgués viene a revolucionar todos y cada uno de los aspectos de la vida social:

60

La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones incommovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado.⁶

De forma natural e inmediata la inercia colonizadora del capital penetra en las viejas formas de economía y las subvierte. El correlato político de esta dinámica productiva impuesta por la ley del valor consiste en la movilización de masas permanente: el capital levanta así a las clases oprimidas del campo y la ciudad, hasta ahora atadas a la tierra (al conservadurismo del régimen feudal), contra la estructura y la superestructura del régimen feudal. En paralelo, la ideología burguesa erosiona en el plano teórico las viejas ideas jerárquicas, antiigualitarias, localistas, paternalistas... y las sustituye por el igualitarismo, la nación y la libertad, que cristalizan políticamente en República, Estadonación y libertades y derechos fundamentales (derecho de reunión, de asociación, de expresión, igualdad ante la ley...).

Es así como obtenemos el sustrato, las premisas sociopolíticas, para que cuando las condiciones lo permitan, estallen explosiones de masas que conduzcan a transformaciones políticas en congruencia con la implantación del sistema capitalista, aunque también lo desborden en cierto sentido. La coyuntura de 1789 invita a que la burguesía active esta

⁶ Marx, Karl y Engels, Friedrich, *El Manifiesto Comunista*, 1848.



palanca⁷, pues las clases aristocráticas francesas se cierran en banda ante cualquier reforma parcial que beneficie a la ascendente clase media en detrimento de sus privilegios sociales, políticos y económicos⁸. La burguesía, máxima representante de la consumación de la necesidad social por excelencia en aquel momento, la abolición del feudalismo, posee una capacidad para influir y provocar acontecimientos desproporcionada en comparación con su escaso número⁹; todo ello sin necesidad de articularse en un partido político que presuponga estrechos vínculos orgánicos entre vanguardia revolucionaria y masas.

A lo largo de la Revolución francesa, no sin contradicciones, se apelará al pueblo para derrocar al enemigo interno y externo. Los máximos exponentes de esta tendencia serán los jacobinos, que no dudarán en arrastrar a las masas para resolver las tareas de la burguesía, instaurando la “levée en masse”, consigna que desatará una auténtica tormenta revolucionaria en 1793 y que resonará por toda Europa durante casi un siglo. En este ejercicio, sin embargo, se verán rebasados por el ímpetu popular (que ya había desbordado por completo a los girondinos, que fueron apartados por pusilánimes) y en algunos aspectos tendrán que cortar por lo sano: por ejemplo, institucionalizando el terror para frenar la iniciativa de las masas o reprimiendo y ejecutando a los elementos más radicales de la Comuna de París (los *enragés*), lo que rompió los vínculos entre la Comuna jacobina y los *sans-culotte*¹⁰.

Lo esencial aquí es que la burguesía revolucionaria francesa, valiéndose de las disposiciones inmediatas que portan las masas por el movimiento subterráneo que propician las relaciones de producción burguesas en el terreno político, detona una bomba que reverberará por todo el viejo continente hasta al menos 1871. Entonces, se activan unas fuerzas revolucionarias sin precedentes generando un escenario social en el que la revolución estará a la orden del día y se constituirá en un faro inmediato para las masas: “Jamás en la historia europea y rarísima vez en alguna otra, el morbo revolucionario ha sido tan endémico, tan general, tan dispuesto a extenderse tanto por contagio espontáneo como por deliberada propaganda”¹¹. Como subraya Tombs, la posibilidad de cambio a través de la acción revolucionaria queda arraigada en el imaginario popular y esta

⁷ Las masas campesinas ya estaban en movimiento desde hacía 30 años, pero la burguesía les proporcionó objetivos más precisos, una dirección efectiva: ver Rudé, George, *La Europa revolucionaria: 1783-1815*, Madrid: Siglo XXI, 1974. Pp.114-119.

⁸ Hobsbawm, Eric, *La era de la revolución (1789-1848)*, Buenos Aires: Crítica, 2009. P.33.

⁹ Hobsbawm, Eric, “Notas sobre la conciencia de clase”, en *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, ed. por Josep Fontana, Barcelona: Editorial Crítica, 1987. Pp. 41-42.

¹⁰ Rudé, Op.cit. Pp.183-192.

¹¹ Hobsbawm, *La era de la revolución*. P.59.

dimensión cultural de expectativas y aspiraciones es fundamental para orientar su proceder cuando sobrevienen épocas de crisis¹².

La revolución y sus conquistas históricas se enraízan profundamente en el subconsciente de las masas europeas (y, sobre todo, francesas) con tal firmeza que todo el siglo XIX está jalonado por oleadas revolucionarias: 1) 1820-24 (España, Nápoles, Grecia); 2) 1829-1834: de Europa al Oeste de Rusia (incluso Inglaterra); 3) 1848: Francia, Italia, Estados alemanes, Suiza, Irlanda, Grecia...; 4) 1871: la Comuna de París.

De este modo, cuando este telón de fondo coincide con una crisis política o económica grave, se activan los mecanismos de la revolución burguesa y salen a la palestra las reivindicaciones fundamentales del movimiento de masas: República, sufragio universal, libertad de asociación... La democracia permea la proyección política del pueblo y esto no cambia con el auge del movimiento obrero. De fin en sí mismo, es decir, de vehículo que proporciona la ciudadanía plena frente a los abusos de un poder que se debate todavía entre burguesía y aristocracia, a medio para alcanzar la emancipación de la clase obrera. Es decir, el proletariado concebiría la República como instrumento de materialización de su programa social.

Y es precisamente la ciudad más poblada de Francia, París, el enclave donde reside el poder, la vida cultural, la producción de información, un cuarto de la riqueza del país¹³... quien condensa toda la herencia de esta tradición revolucionaria, que en Francia reviste un carácter centralista, donde su capital determina en última instancia el destino de todo el país. Así, París se observa a sí misma como la salvadora de la patria, configurándose como un auténtico hervidero social, un concentrado de contradicciones donde su población está inmediatamente vinculada con el mundo de la política y que porta, en términos de Lefebvre, una conciencia histórica; es decir, está conectada con su pasado histórico, al que puede recurrir directamente como instrumento de legitimación y arma de acción política¹⁴. Para más inri, París carece de una de las señas de identidad del republicanismo: una alcaldía que le permita gestionar sus propios asuntos, lo que de facto constituye una contradicción con la articulación histórica del marco político burgués y

¹² Tombs, Robert, *The Paris Commune 1871*, Cambridge: Routledge, 1999. Pp.18-19.

¹³ *Ibíd.* Pp.13-14.

¹⁴ Lefebvre, Georges, *La proclamación de la Comuna*, Pamplona: Katakarak, 2021. P.116.



con el propio peso objetivo que desempeñaba la capital en Francia, lo que la convierte en un auténtico polvorín¹⁵.

En Francia, sobre todo en París, el pueblo es invocado en 1830 por la burguesía para arrebatar el poder a los representantes de los terratenientes que ostentaban las riendas del Estado en aquel momento. El pueblo responde a su llamada y construye barricadas. La victoria de la Revolución de Julio implica la integración de un gran sector de la burguesía en el Estado, aunque la burguesía industrial y profesional no alcancen las cuotas de poder que exige su desarrollo económico. La relativa exclusión de esta capa la induce a reclamar una reforma de calado en 1848, en un contexto de crisis económica aguda, lo que desemboca en el desbordamiento de sus intenciones reformistas y culmina con la proclamación de la República en febrero de 1848. Pero, en esta ocasión, los obreros, engañados y traicionados en 1830 (no se les reconoció apenas ningún derecho ni reivindicación), no son tan ingenuos, se han cohesionado como clase, identificando unos intereses comunes y opuestos a la burguesía. Así las cosas, imprimen su sello a la República, que será percibida como República Social. El periodo de febrero a junio es el periodo de desencantamiento del proletariado con una República que, en vez de producir los resortes para su liberación, deviene la encarnación misma de la dominación política de la burguesía, de la guerra abierta contra el proletariado. Esta lucha culmina en la insurrección de Junio, cuando la clase obrera se manifiesta por primera vez en la historia como actor político diferenciado, verdaderamente como clase.

No obstante, a partir de 1848, cuando el proletariado salta al escenario histórico como actor con intereses propios e independientes, la burguesía abandona completamente en Europa las apelaciones a la movilización popular como medio para alcanzar el poder político allí donde no lo detenta todavía (es decir, en la mayoría); es decir, no expresa sus diferencias políticas como desafíos a las instituciones políticas¹⁶. Apuesta, al contrario, y Alemania es su paradigma (*vía prusiana* al capitalismo), por una conciliación con las viejas clases feudales a cambio de que el liberalismo económico se extienda. A partir de entonces, la burguesía pasa a la reacción y desarrolla un temor patológico ante la posibilidad del pueblo armado.

¹⁵ Son precisamente estos factores los que explican el éxito revolucionario de la Comuna en París en contraste con las provincias, que carecen de esta gigantesca tradición revolucionaria y que poseen ya una administración municipal autónoma (esta brecha democrática está cerrada). Sumémosle, finalmente, otro elemento nada desdeñable: París es asediada durante 4 meses, mientras que las provincias no padecen estas consecuencias disolventes para sus estructuras políticas.

¹⁶ Edwards, Op.cit. P.21.

Aun así, si bien la burguesía se desprende de toda inclinación revolucionaria, lo cierto es que el proletariado recogerá su testigo abanderando la lucha revolucionaria por los derechos democráticos, de los que está excluido. Y aunque es una clase social todavía inmadura, su potencial revolucionario es mayor que nunca, pues las demandas políticas se hallan incorporadas a su praxis¹⁷, pues ella corporeiza ahora el desacompasamiento entre la conquista histórica de las libertades burguesas y el marco político que las excluye. De hecho, hace falta este factor político y su expresión subjetiva en una tradición revolucionaria fuertemente arraigada entre las masas para que el movimiento obrero sea algo más que una lucha por migajas y devenga una lucha revolucionaria¹⁸; no hay que trasladarse al siglo siguiente para corroborar esta realidad, basta comparar al movimiento obrero inglés (dotado de respetabilidad burguesa) con el francés (intrínsecamente revolucionario).

Llegamos así al segundo ingrediente que va a signar el contexto que precede a la proclamación de la Comuna de París: el movimiento obrero como expresión de la naciente clase obrera.

La formación de la clase obrera y la debilidad de la identidad de clase en París

Marx esboza en *Miseria de la filosofía* la siguiente definición de clase:

Las condiciones económicas primero transformaron a las masas del país en trabajadores. El dominio del capital ha creado para esta masa una situación común, unos intereses comunes. De modo que esta masa ya es una clase respecto al capital, pero todavía no ante sí misma. En la lucha, de la que solo hemos mencionado algunas fases, esta masa se reúne, se constituye en clase ante sí misma.¹⁹

De acuerdo con esta lógica, nos encontramos primero con una masa social que experimenta las mismas condiciones socioeconómicas. Esta realidad es común a todas las sociedades de explotación precapitalistas y el concepto de clase nos es válido aquí para dar sentido a un complejo de hechos inexplicables de otra manera²⁰. Pero, dada la insuficiente

¹⁷ Hobsbawm, Eric, *La era del capital (1848-1875)*, Buenos Aires: Crítica, 2010). P.34.

¹⁸ Será este factor sociopolítico lo que caracterizará al proletariado en aquel momento, cuyo rasgo definitorio consistirá en condensar la revolución burguesa y la proletaria en un mismo cuerpo. La siguiente afirmación de Blanqui, citada en Rosenberg, Arthur, *Democracia y socialismo*, Buenos Aires: Editorial Claridad, 1966. P. 35, es esclarecedora: “Proletario (...) Ése es el oficio de 30 millones de franceses que viven de su trabajo y a quienes se roban sus derechos políticos”.

¹⁹ Marx, Karl, *Miseria de la filosofía*, 1847.

²⁰ Hobsbawm, “Notas sobre la conciencia de clase”. Pp. 32-33.



cohesión de las economías capitalistas (autosuficientes por lo general) y la confusión entre los elementos políticos, jurídicos, religiosos o económicos, el vínculo entre lo que las personas experimentan y el marco real más amplio es indirecto, de modo que no existe posibilidad de desarrollar una conciencia de clase²¹. Entonces, como señala Thompson, aquí se utiliza el concepto de clase como categoría analítica, pues es operativa para analizar los procesos sociales²². De hecho, este autor es partidario de emplear “lucha de clases” como término previo a la existencia de clases, de tal modo que la conciencia de clase y la propia clase serían productos que van vertebrándose durante este proceso y no podrían aplicarse a las sociedades precapitalistas.

Bajo el capitalismo, la percepción de una comunidad de intereses redundaba a su vez en la necesidad de unificar la acción en organizaciones colectivas que representen sus intereses. Entonces, cuando la clase se reúne para luchar y construir sus propias instituciones, adquiere conciencia de clase y deviene clase para sí misma, se reconoce como tal. Fue éste un proceso espontáneo en tanto que fruto natural de la acumulación de capital, que proletarizó y, a veces, concentró a los trabajadores. Esto no quiere decir que en todo momento la clase aparezca consolidada, puesto que la formación de la clase es un proceso que transita por diferentes estadios, que avanza y que puede incluso retroceder.

Es posible, por otro lado, que el agrupamiento social no tenga lugar en términos de clase, sino en función de otras identidades sociales como la nacional, la racial o la sexual. Las identidades e intereses percibidos de los actores se construyen mediante la actividad política, vía mecanismos organizativos e ideológicos que ligan las estructuras sociales (incluida la de clase) al comportamiento político²³. Es así que la identidad de clase no tiene por qué predominar en todo momento y puede verse eclipsada por otras identidades. Por ejemplo, en junio de 1848 el proletariado parisino se enfrentó a la Guardia Móvil, formada por personas de una extracción social idéntica, pero encuadradas en cuerpos represivos, lo que generó una conciencia antagónica a los obreros insurrectos que se habían organizado en los Talleres Nacionales²⁴.

²¹ Lukács, Georg, *Historia y conciencia de clase*, Madrid: Siglo XXI, 2021. Pp.118-123.

²² Thompson, Edward, “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?”, en *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, ed. por Josep Fontana, Barcelona: Editorial Crítica, 1984. Pp. 36-37.

²³ Aminzade, Ronald, *Ballots and Barricades: Class Formation and Republican Politics in France, 1830-1871*, Princeton: Princeton University Press, 1993. P.6.

²⁴ Gould, Roger, *Insurgent Identities: Class, Community and Protest in Paris from 1848 to the Commune*, Chicago: Chicago University Press, 1995. Pp.58-60.

Ahora bien, la posición estructural condiciona las posibilidades y potencialidades de desarrollo de una determinada identidad: en esta medida, la tendencia a reforzar la afinidad de clase (o más bien de oficio) en el siglo XIX era superior a la actual, pues, entre otras cosas, por término medio más de la mitad de la vida operativa de un trabajador francés transcurría en el taller o en la fábrica.

Pero incluso la integración en organizaciones de clase, como los sindicatos, no garantiza la proyección de una identidad de clase en el ámbito de la política: para ello son necesarios vectores políticos, es decir, partidos obreros, que sean la extensión de la identidad obrera a la arena política. De ahí la insistencia de Marx en que toda lucha de clases sea una lucha política: de lo contrario, los organismos de masas proletarias se someterán a los intereses de otras clases, perdiendo su independencia política. En este sentido, en Inglaterra, hasta la IGM (hasta la consolidación del laborismo) existía toda una constelación de instituciones sociales, culturales, económicas... de la clase obrera, lo que no excluía, sin embargo, que en el plano político se alinearan con diversas fracciones burguesas²⁵. Al contrario, en Alemania el SPD era el eje en torno al cual se articulaban el resto de organismos proletarios, garantizando así el despliegue de la clase también en el terreno político, neutralizando de esta manera las tentativas de otras clases por secuestrar bajo sus propias banderas al proletariado.

Así las cosas, la inexistencia de un partido obrero en Francia en el lapso que va de 1830 a 1871 contribuía a que la proyección política de la clase obrera se canalizase a través de ideologías que más adelante se mostraron como ajenas al proletariado una vez que éste hubo madurado como clase: fundamentalmente, el republicanismo, que forjó un determinado relato que, en consonancia con la propia experiencia de la Revolución francesa, enraizó entre el proletariado francés.

En París, la debilidad de la identidad de clase determina la preeminencia de la conciencia democrático-nacional frente a la conciencia obrera, de tal modo que no es la clase obrera quien desborda los límites intrínsecos a la espontaneidad por el ambiente sociopolítico democrático-revolucionario en el que se ha forjado (como sucede en la Revolución rusa de 1905 y de febrero de 1917), sino que es la conciencia nacional la que se ve desbordada por la aparición en escena de un nuevo actor dispuesto a tomar el relevo histórico a la burguesía, despojado del paternalismo cercenador que le impedía rebelarse

²⁵ Hobsbawm, Eric, "La formación de la clase obrera, 1870-1914)", en *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, ed. por Josep Fontana, Barcelona: Editorial Crítica, 1987. Pp.257-263.

contra la dominación política de cuerpos estatales especializados. Es decir, que en Rusia el proletariado existe como clase económica autorreconocida y supera los límites de esta conciencia gracias al clima revolucionario, mientras que en Francia lo que fundamentalmente caracteriza al proletario es la conciencia democrático-nacional, pero lo que posibilita que vaya más allá del mero horizonte burgués es que existe cierto grado de conciencia de clase. O, en otras palabras, el comunero es el *sans-culotte* con mayor conciencia de sus intereses como clase, pero no el trabajador ruso que actúa bajo el influjo de su mentalidad obrera en un clima político (revolución democrática pendiente) que favorece su radicalidad.

¿Qué contribuyó a la debilidad de la identidad de clase en los años y meses previos a la erección de la Comuna de París? Para eso debemos repasar muy brevemente la historia del movimiento obrero francés.

El movimiento obrero se fue desarrollando en conjunción con el republicanismo durante los años 30 y 40 (su alianza se expresaba en el programa de la República Social), desplegando progresivamente un movimiento sindical artesano-corporativo en la esfera económica y democrático-republicano en la esfera política.

La creación, tras la Revolución de febrero de 1848, de la Comisión Luxemburgo (ministerio de trabajo sin presupuesto), que aglutinó a las diversas asociaciones obreras, y de los Talleres Nacionales, que concentraron a centenares de proletarios, propició el auge de una conciencia obrera que superó las barreras del oficio corporativo. Los ataques dirigidos contra estos dos organismos, que personificaban esa conciencia colectiva, fueron procesados como desafíos contra la clase obrera en su conjunto, de tal modo que la identidad que descolló en las Jornadas de Junio fue la identidad obrera²⁶.

Después de las Jornadas de Junio de 1848, la represión bonapartista reduce a cenizas al movimiento obrero durante los años 50. La conquista política de consolidación de la clase en sí en las Jornadas de Junio se agota, de tal modo que el movimiento obrero se ve obligado a resurgir, aunque como el *Ave Fénix*, lo hará desde una perspectiva superior al asimilar su bagaje previo.

En los años 60 la debilidad del régimen bonapartista, después de perder a su aliado católico y enemistarse con una fracción de la burguesía francesa, impele a Napoleón a buscar nuevos sostenes: se aproxima a la clase obrera invitándola a crear sociedades

²⁶ Gould, Op.cit. Pp.46-47.

obreras despolitizadas, fundamentalmente cooperativas, que compitiesen con el resto de la economía capitalista²⁷. La relativa permisividad del Segundo Imperio en los primeros años de la década facilita la proliferación de cooperativas, sindicatos e incluso huelgas. Las reformas allanan el camino de la organización obrera y de su acción colectiva: el movimiento obrero despegó a partir de 1864 creando asociaciones y convocando huelgas²⁸.

La ideología que prevalecerá en estos primeros compases será el proudhonismo como expresión de la posición socioeconómica del artesanado en proceso de proletarianización; en condiciones represivas y de frágil desarrollo del movimiento obrero el proudhonismo influiría entre aquellos sectores que por su disposición socioeconómica veían en la economía cooperativa despolitizada el instrumento de su liberación²⁹. De este modo, la acción reivindicativa (sindical) y política (revolucionaria), era innecesaria y tildada de autoritaria. No obstante, una vez que el movimiento obrero madura, sus propias necesidades cotidianas le empujan a renunciar a su aislamiento y organizarse sindicalmente para defender y mejorar sus condiciones laborales: el siguiente paso será la involucración en la esfera política. De este modo, el proudhonismo va cediendo el paso a otras corrientes ideológicas, representadas por la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). Esto se traduce en la sustitución de los viejos líderes proudhonianos como Tolain por otros como Varlin, que defienden la revolución obrera como vía para alcanzar la colectivización de los medios de producción.

La maduración del movimiento obrero francés viene acompañada y es acelerada por la AIT. La AIT es una estructura de cooperación de sociedades obreras surgida con el ánimo de fomentar la colaboración internacional a través del apoyo financiero, la obstaculización del envío de esquirols, los llamamientos de solidaridad... Esta cáscara organizativa es rellena por un contenido teórico fundamentado en dos pilares que se exponen en su Manifiesto Inaugural: la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera y el proletariado debe tomar el poder político.

La rama francesa de la AIT va adoptando progresivamente estos principios y adaptándolos a su realidad nacional para confeccionar un programa político. La AIT en Francia empieza a despuntar a partir de 1868 gracias al prestigio que va adquiriendo por su apoyo a las ascendentes huelgas que se están produciendo: las diversas organizaciones

²⁷ Ceamanos, Roberto, *La Comuna de París (1871)*, Madrid: Los Libros de la Catarata, 2014. Pp.24-26.

²⁸ Aminzade, Op.cit. Pp.7-58.

²⁹ Gluckstein, Donny, *The Paris Commune: A Revolution in Democracy*, Londres, Bookmark Publications, 2006. Pp.74-75.

obreras van agrupándose en torno a esta asociación, que pasa en París de 2.000 afiliados en 1868 a 245.000 en 1870³⁰.

La intención de la AIT consistía en consolidar un organismo que a corto plazo operase como instrumento sindical al tiempo que proporcionaba crédito a las diversas sociedades para sustraerse de la clase burguesa y lograr la emancipación de los oficios³¹. En definitiva, la AIT trató de configurarse como plataforma política que rebasase los confines de la conciencia gremialista para dar de nuevo luz a la conciencia de clase ya experimentada en los albores de la II República. Sin embargo, dos factores estructurales contribuían a frenar esta aspiración histórica:

El **primero** de ellos es que, irremediabilmente, la conciencia de clase se configura históricamente como extensión de la conciencia sindical, basada en la lucha obrero-patrón en el centro de trabajo; es decir, la célula de interacción social inmediata sobre la que se asienta la conciencia de clase es la fábrica o el taller. Esto, que no suscitará mayores problemas en enclaves industrializados, supone una traba para un desarrollo espontáneo de la conciencia de clase en un mundo artesanal.

El afianzamiento y desarrollo de las relaciones burguesas de producción implica etapas previas a la mecanización e industrialización. Es así que a la concentración fabril de los obreros en fábricas equipadas con máquinas le preceden otras fases que van implantando las relaciones mercantiles. El modelo que prevalece en el París de los años 60 es el del capitalismo mercantil, basado en la subcontratación de la producción de mercancías a artesanos cualificados que conservan gran parte de sus habilidades y autonomía. En consecuencia, el taller y la pequeña industria dominaban el tejido industrial³².

Ahora bien, esto no niega la condición de proletarios de los artesanos, pues la condición proletaria, más que un estatus es un proceso: el artesanado parisino está padeciendo las consecuencias de la especialización y división del trabajo capitalistas, con la consiguiente descualificación progresiva, erosión de diversos oficios, desempleo,

³⁰ Ollivier, Albert, *La Comuna*, Madrid: Alianza Editorial, 1967. P.89.

³¹ Dolleans, Edouard, *Historia del movimiento obrero. Tomo I. 1830-1871*, Algorta: Zero, 1969. Pp.306-307.

³² Para más detalle, ver Moss, Bernard, *The Origins of the French Labor Movement, 1830-1914: The Socialism of Skilled Workers*, Berkeley: University of California Press, 1976. P.10; Rose, Barrie "The Paris Commune; the Last Episode of the French Revolution or the First Dictatorship of the Proletariat?", en *Paradigm for revolution? The Paris Commune 1871-1971*, ed. por Eugene Kamenka, Sidney: The Australian National University, 1972. Pp.20-21.

inseguridad, bajos salarios, intrusión creciente del capitalismo mercantil en su autonomía laboral, intensidad de trabajo³³... A saber, el artesanado estaba proletarizándose y, en esta medida, engrosaba las filas del movimiento obrero de forma masiva, resistiendo a los embates del capitalismo y buscando proteger su identidad artesanal frente al parásito mercantil que le arrebatava el producto íntegro de su trabajo.

Este gremialismo, el orgullo e identidad corporativa y no de clase, se veía fortalecido por la estructuración urbana de la clase obrera parisina. A pesar de la creciente movilidad territorial, que desdibujaría los patrones corporativos, por aquel entonces muchos oficios estaban articulados en comunidades: Gould documenta que en 1871 más de la mitad de los trabajadores del cuero vivían en los distritos 5 y 13 (concentrados desde el siglo XVII allí); el 30% de los obreros que confeccionaban mercancías de lujo en el distrito 3 y el 20% en el distrito 2; los joyeros (3, 4) y los trabajadores del bronce (3, 11) también se concentraban en varios distritos³⁴. El movimiento obrero se afianzó precisamente en los distritos parisinos con fuerte presencia artesanal.

En definitiva, los lazos gremiales eran muy sólidos, lo que se veía reflejado, por ejemplo, en el hecho de que la huelga por oficios fuese la forma más tradicional de protesta obrera³⁵.

De ninguna manera esta correlación de clase, donde predomina el artesanado, anula la posibilidad de poner en marcha un proyecto revolucionario. Tal determinismo economicista es ajeno a la tradición marxista, que históricamente ha llegado a pivotar sobre el campesinado como fuerza motriz (Revolución China). De hecho, cualquier programa revolucionario en Francia, dada la naturaleza de las relaciones de clase, no podría más que haber suministrado los instrumentos de trabajo a cooperativas de trabajadores como primer paso hacia la socialización de los medios de producción. Simplemente pretendo señalar que la solidaridad clasista entre los artesanos presupone un vínculo externo, una mediación organizativa (el sindicato nacional y el partido obrero) que no emana inmediatamente de sus intereses espontáneos, que anude las diversas conciencias corporativas en pos de un interés común. Esto exige una intervención mucho más acusada de la ideología socialista, pues la conciencia de clase no surgiría entonces

³³ Ver Moss, Op.cit. Pp.13-14 y Merryman, John, "Introduction", en *Consciousness and Class Experience in Nineteenth-Century Europe*, ed. por John Merryman, Nueva York: Holmes & Meier, 1979. Pp.3-6.

³⁴ Gould, Op.cit. Pp.106-107.

³⁵ *Ibíd.*, pp.112-113.

como una extensión natural de las vivencias que experimenta el obrero en su centro de trabajo³⁶.

Resumiendo, la conciencia corporativa es un obstáculo para el desarrollo de la conciencia de clase, y su inhibición en favor de la segunda impone una tarea de articulación político-organizativa mucho más ardua. La Comisión Luxemburgo y los Talleres Nacionales ejercieron este papel durante la revolución de 1848. En los años 60 la organización llamada a difuminar las fronteras corporativas era la AIT, pero este proceso de transición del oficio a la clase se interrumpió, apenas dos años después de haberse puesto en marcha, con la aniquilación de la AIT tras la guerra franco-prusiana. En este sentido, estamos ante una conciencia de clase incompleta.

El **segundo** factor estructural es la cuestión urbana. Apreciamos en el París de 1860 uno de los ejemplos más paradigmáticos de lo que hoy conocemos como *gentrificación*. El centro de París, donde se agrupaban los proletarios, es reformado y reestructurado para construir tiendas, almacenes, edificios públicos... de modo que se incrementa el precio de las viviendas y los pobres son indirectamente expulsados hacia la periferia. El centro se aburguesa y los suburbios, incluidos los antiguos pueblos que París se anexiona, se plagan de obreros. La estratificación urbana de París es un hecho.

La concentración obrera en estas áreas es superior a la del centro de París y, sin embargo, posición socioeconómica no equivale automáticamente a conciencia de clase. Como hemos venido advirtiendo, para que la clase sea una realidad operativa el proceso de vida, de lucha, debe favorecer la delimitación de campos entre capital y trabajo, la construcción de una identidad basada en intereses de clase contrapuestos.

Las redes principales de la socialización en la periferia no son el oficio ni los vínculos informales que se desprenden de él (a diferencia del centro, donde los *cafés* son vehículos de cohesión de los lazos corporativos), sino los nudos comunitarios previamente existentes (recordemos que los distritos ya eran comunidades antes de ser absorbidos) que integran a inmigrantes rurales y parisinos desplazados del centro³⁷.

³⁶ Para el obrero descualificado sucede lo contrario, pues carece de control sobre el proceso de producción y ejecuta operaciones repetitivas, perdiendo su orgullo profesional y con ello su solidaridad corporativa. De ahí que derribe las barreras entre trabajadores, formando una clase trabajadora más homogénea y experimentando una conciencia de clase menos ambigua; ver Moss, *The Origins of the French Labor Movement*, 24.

³⁷ Gould, Op.cit. Pp.90-95.

La composición socioeconómica de estos barrios, al igual que la de los suburbios obreros en la actualidad, los hacía sensibles y receptivos a cualquier tipo de propaganda socialista y a la articulación política de la comunidad en torno a la ideología de clase. Además, sus condiciones de vida cotidianas los oponían directamente al Imperio (centralizador, gentrificador, represor...), proporcionándoles una perspectiva política más amplia que la mera conciencia corporativa. No obstante, la gestación histórica de la conciencia de clase alrededor de la conciencia sindical espontánea desincentiva la atención específica de los obreros de avanzada (que debían proporcionar ese vínculo entre lucha urbana y conciencia obrera) hacia la lucha urbana, que no es sino un epifenómeno de la lucha de clases entre proletariado y burguesía (que también arrastra a otras capas). Dejada a su discurrir espontáneo, el autoconcepto que podía emerger de la lucha urbana se distanciaba aún más que la conciencia corporativa de la identidad de clase. Entonces, la capitalización política de la resistencia urbana recae, fundamentalmente, sobre el republicanismo radical y es encauzada a través de la actividad clubista, donde los oradores radicales refuerzan, frente a la identidad clasista, la identidad republicana y descentralizadora (por ejemplo, concesión de libertades municipales a París), ya presente por naturaleza entre las masas periféricas por el clima democrático-revolucionario que preside Francia desde 1789.

Por supuesto, esto no es óbice para que estas vivencias sean parcialmente troqueladas por la identidad de clase promovida por algunos oradores socialistas de la AIT (o blanquistas) presentes en los clubes, pero el discurso obrero no es el hegemónico, sino que impera la dirección ideológica de la pequeña y mediana burguesía: de hecho, en los distritos obreros son elegidos republicanos radicales (Gambetta o Rochefort) en vez de líderes obreros³⁸. Aun así, es innegable que su faceta de vida artesanal (recordemos, con jornadas de trabajo extenuantes) también dejaría su impronta en la conformación de cierta vivencia de clase, menos gremial que en el centro por su contacto en el barrio con diversas profesiones. La condición obrera (tanto en el centro como en la periferia) contribuirá a forjar una subjetividad revolucionaria que capacite al proletariado para llevar sus luchas hasta el final. Y es que no hay ninguna clase que sufra en sus carnes las consecuencias de la opresión política y económica tanto como él: cierre de reuniones públicas, cercenamiento de su libertad de asociación, expulsión del centro, desigualdad de clases, pobreza, explotación despiadada...

³⁸ Edwards, Op.cit. Pp.33-34.



En definitiva, en 1870 asistimos a un escenario en el que una parte de la clase obrera parisina está experimentando un proceso de concienciación progresiva de marcado carácter corporativo, aunque avanzando hacia una articulación de clase. Mientras tanto, otro sector desarrolla identidades que, aunque no excluyen del todo la clase, privilegian el enfrentamiento político con el Imperio.

La guerra franco-prusiana, que estalla en julio de 1870, altera por completo el panorama e inclina la balanza en favor de la identidad nacional y republicana en detrimento de la conciencia obrera, aunque sus vestigios seguirán teniendo eco entre el proletariado parisino. En efecto, el desempleo y el encuadramiento militar de la población desplazan el movimiento de masas de los sindicatos (difíciles de organizar) a actividades más amplias como la Guardia Nacional y los clubes³⁹, en las que por inercia y por el ambiente en que se desarrollan (luchas de carácter democrático-nacional contra Prusia y el Gobierno de Defensa Nacional) tenderán a primar el aspecto republicano.

La coyuntura: de la Guerra franco-prusiana a la Insurrección del 18 de marzo

La Guerra franco-prusiana y la Proclamación de la República del 4 de septiembre

La clase obrera parisina rechaza taxativamente la guerra de agresión contra Prusia en el verano de 1870 desde el primer momento. La lucha nacional solo tiene sentido como defensa de la patria y vinculada a la proclamación o conservación de la República: la guerra napoleónica es una guerra dinástica en la que el pueblo no tiene nada que ganar.

Pero las tornas cambian y el ejército prusiano, mucho más potente y animado por la idea de unificación alemana, derrota rápidamente a los franceses. El 3 de septiembre de 1870 llegan noticias de la derrota del ejército francés en Sedán y la captura del emperador. La crisis del Imperio es dramática y en esta coyuntura una sola palabra sale de los labios del pueblo parisino: República. El pueblo invade la Asamblea y exige su proclamación: Gambetta, líder republicano radical, anuncia el fin del Imperio.

La crisis política del Segundo Imperio había instalado entre la burguesía la necesidad de reconducir la situación hacia sus propios intereses. En primera instancia,

³⁹ Gluckstein, Op.cit. P.70.

aboga por una reforma del Estado bonapartista (Thiers propone convocar una Asamblea y declarar el trono vacante) y por armar solamente a los elementos de confianza, pero la situación le desborda: el pueblo exige la República y el armamento general de todos los ciudadanos parisinos se convierte en una necesidad ante el avance prusiano⁴⁰. El 4 de septiembre la burguesía maniobra contra el avance de los blanquistas, quienes proponen una lista revolucionaria para un gobierno provisional, ofreciendo en cambio un gabinete formado por los diputados de París (para garantizar cierta apariencia de poder municipal) donde los reaccionarios controlan el poder, los republicanos disponen de cargos secundarios y la pequeña burguesía radical (las figuras de Rochefort y Gambetta) sirve de puente entre masas y clases medias para legitimar al nuevo orden establecido⁴¹. La revolución se transforma en reforma.

A diferencia de otro tipo de identidades, la identidad democrático-republicana, ya hemos visto anteriormente, es una referencia inmediata, es decir, que no requiere de mediación organizativo-institucional, sino que está latente en las masas (en esta fase de la historia en que la revolución democrático-burguesa todavía reverbera) y detona en cuanto la crisis política es grave. Por si fuera poco, a la dimensión republicana debemos sumarle el nada desdeñable, por estar completamente imbricado en la configuración histórica del sistema capitalista, componente nacional: *“La patrie en danger”*, consigna que levantó un auténtico terremoto de masas en 1793 para hacer frente a la invasión extranjera monárquica.

Cuando estos factores se conjugan dan lugar a la explosión de masas del 4 de septiembre. La burguesía francesa, al menos una parte de ella transige momentáneamente (aunque supervisándola y reduciendo su alcance) con la movilización de masas y ella misma decide armarla para garantizar una posición de negociación firme frente a la inminente agresión prusiana. Pero, como dice Trotsky, la guerra es peligrosa pues saca al pueblo de su estado de costumbre, despierta a los elementos más atrasados; “la guerra alumbra la revolución”⁴².

De hecho, desde el mismo momento en que se constituyen la República y el Gobierno de Defensa Nacional, a la burguesía francesa le entra el pavor que lleva caracterizándola desde su propio nacimiento. Inmediatamente, se encomienda a firmar un tratado de paz con Bismarck y trata de convencer a las masas de la necesidad de

⁴⁰ Tombs, Op.cit. P.45.

⁴¹ Ver Lefebvre, Op.cit. Pp.130-131 y Edwards, Op.cit. Pp.48-53.

⁴² Trotsky, Leon, *Bajo la bandera de la Comuna*, 1917.



rendirse organizando una defensa *chapucera*. Trochu reconoce ya el 4 de septiembre que la defensa de París es una locura; Jules Favre confiesa en una carta a Gambetta que ellos no se defendían contra los soldados prusianos, sino contra los obreros de París⁴³.

Por su parte, los sectores de vanguardia del movimiento revolucionario supeditan toda su actividad a la defensa de la nación y la República. Blanqui inaugura un periódico llamado “La Patrie en Danger” en el que se publica lo siguiente:

Frente al enemigo, no más partidos, no más diferencias (...) El gobierno que emergió del gran movimiento del 4 de septiembre representa la idea republicana y la defensa nacional (...) Toda oposición, toda disidencia debe ceder ante la seguridad común. En adelante sólo hay un enemigo, el prusiano (...) Los abajo firmantes, dejando de lado sus opiniones particulares, ofrecen al gobierno provisional su plena y enérgica cooperación sin más reservas ni condiciones que el mantenimiento de la República.⁴⁴

La nación, por utilizar las palabras de Gluckstein⁴⁵, hipnotiza a la clase obrera, absorbe sus energías, pero al mismo tiempo la arma y despierta a los sectores más aletargados de las masas para incorporarlos directamente a la política sin encuadrarlos y alinearlos (pues el régimen francés no tiene los mecanismos para hacerlo por aquel entonces) completamente con las aspiraciones de la burguesía francesa. La guerra nacional es, por aquel momento, progresiva, pues implica revolución, mientras que la paz entraña la restauración de la monarquía.

De septiembre a febrero: el auge de las organizaciones populares

El día 5 de septiembre la AIT impulsa la creación de comités de vigilancia en cada distrito, formados por unos 25-30 activistas elegidos en las reuniones públicas⁴⁶; cada comité elegía a 4 delegados que integrarían el Comité Central (CC) de los 20 Distritos de París. Reflejando la estructura sociopolítica que previamente hemos descrito, los internacionalistas predominarán en los distritos centrales de componente artesanal (15, 16, 17, 4, 10, 11 y 12) y los jacobinos en los dos distritos periféricos por antonomasia (19, Montmartre y 20, Belleville); los blanquistas, por su parte, en el distrito 13⁴⁷.

⁴³ Marx, Karl, *La Guerra Civil en Francia*, 1871.

⁴⁴ Ver Gluckstein, Op.cit. P.91.

⁴⁵ *Ibíd.*

⁴⁶ *Ibíd.* P.105.

⁴⁷ Rougerie, Jacques, *La Commune de 1871 (Que sais-je?)*, 2014. P.10.

El objetivo político de estos comités era erigirse en guardianes de la República supervisando la acción del Gobierno de Defensa Nacional. Pero su programa, formulado el 17 de septiembre, iba más allá:

Elección de los municipios, control de la policía, elección y responsabilidad de los magistrados, derecho absoluto de prensa, reunión y de asociación, expropiación de los artículos de primera necesidad, racionamiento, distribución de armas a todos los ciudadanos, envío de comisarios para la recaudación de impuestos en las provincias.⁴⁸

Así se prefiguraba la estructura política de la futura Comuna de París: de hecho, el 24 de septiembre el CC de los 20 distritos publica un Manifiesto que hace un llamamiento explícito a la Comuna como salvadora de Francia y de la Revolución europea⁴⁹.

Ahora bien, su proceder político no se ajustaba a su programa teórico y en la práctica no podemos hablar de un doble poder, sino que los comités de vigilancia eran apéndices del Gobierno de Defensa Nacional que canalizaban las iniciativas populares en su beneficio⁵⁰, poniendo el foco en campañas de provisión y distribución y remuneración de los Guardias Nacionales, siendo domesticados por los alcaldes⁵¹. Además, su alcance de masas era limitado, circunscribiéndose a los líderes obreros y revolucionarios de París, sin incorporar orgánicamente a amplias masas bajo su paraguas.

No obstante, no cabe minusvalorar la relevancia de este CC, pues agrupó en un órgano con cierto poder a la vanguardia parisina y esbozó el programa de la Comuna dotándole de una referencialidad entre las masas; en definitiva, unificó incipientemente en términos ideológicos y organizativos a los sectores de avanzada, encerrando en miniatura lo que después sería el Consejo Comunal.

El primer gran combate entre el Gobierno de Defensa Nacional y el pueblo parisino tuvo lugar el 31 de octubre, después de anunciarse la pérdida del fuerte Metz y difundirse rumores de una capitulación ante los prusianos, que desde el 18 de septiembre habían cercado París. Pero la traición no se había consumado todavía y el pueblo no estaba lo suficientemente preparado para levantarse contra un gobierno (republicano) que al fin y al cabo era el único sostén de Francia: fue la vanguardia parisina la que se lanzó al

⁴⁸ Ver Ollivier, Op.cit. P.131.

⁴⁹ Gould, Op.cit. Pp.143-144.

⁵⁰ Rougerie, Op.cit. P.10.

⁵¹ Gluckstein, Op.cit. P.106.

ruedo, arrastrando a una pequeña masa a la insurrección prematura. Algunos comités de vigilancia y clubes se coordinaron para ocupar los ayuntamientos locales y enviar destacamentos al Hôtel de Ville, que fue capturado durante unas horas. Tras las negociaciones con el Gobierno de Defensa Nacional se llegó al acuerdo de organizar para el día siguiente elecciones municipales. Sin embargo, el gobierno conservó el poder y, una vez que los insurrectos se retiraron del ayuntamiento, decidió celebrar un plebiscito para autolegitimarse en vez de elecciones municipales: la victoria fue abrumadora, 60.000 votos en contra; 550.000 a favor.

El rechazo del gobierno a conceder la autonomía municipal se debía a que su poder se limitaba a París (ya hemos visto antes que era una pseudo-representación de París a través de sus diputados en la Asamblea), lo que de facto hubiese significado consentir la creación de un gobierno paralelo formado, además, por republicanos radicales como Gambetta e incluso por obreros revolucionarios⁵² (blanquistas, internacionalistas...).

Las concepciones putschistas que subyacieron a la actuación del 31 de octubre eran las del blanquismo, que bebía de la tradición conspirativo-revolucionaria de la Revolución francesa. Su objetivo consistía en que una minoría ilustrada de revolucionarios profesionales tomase el poder mediante una insurrección violenta⁵³ para transformar las circunstancias, pues el pueblo era demasiado ignorante y debía ser tutelado por una dictadura revolucionaria incorruptible⁵⁴. De esta perspectiva se deducía su desvinculación orgánica de la gran masa, que pondría en peligro sus planes conspirativos.

El blanquismo irá escalando posiciones dentro del movimiento revolucionario que va urdiéndose entre noviembre y febrero, inculcándole sus nociones conspirativas: curiosamente, el vaso no se desbordará por el lado de una vanguardia que descuida sus vínculos con las masas, sino que será la propia organización de masas la que genere espontáneamente su instrumento revolucionario, al que después se sumará y al que le aportará perspectiva la vanguardia. Pero prosigamos con la descripción de los acontecimientos.

Después de las elecciones celebradas tras el levantamiento del 31 de octubre se refuerza la centralidad de los distritos como órganos de administración de París ante la ausencia de elecciones municipales⁵⁵. En los enclaves periféricos se elegirán a blanquistas,

⁵² Rosenberg, Op.cit. P.161-162.

⁵³ Hobsbawm, *La era de la revolución*. P.129.

⁵⁴ Löwy, Michael, *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1972. Pp.109-111.

⁵⁵ Lefebvre, Op.cit. P.195.

jacobinos y revolucionarios para las alcaldías y concejalías de los ayuntamientos locales, quienes impulsarán iniciativas en diversos ámbitos: entre otras, el establecimiento de restaurantes municipales, la creación de talleres de confección para mujeres, la secularización de escuelas locales, la racionalización de la comida⁵⁶... Junto a ellos coexistían (a veces contradictoriamente) los comités de vigilancia y otras organizaciones populares. Todo ello producirá una tendencia descentralizadora (con tintes de autogobierno popular) en todo París y la desconexión objetiva respecto de los órganos de poder centrales, derruyendo los frágiles cimientos de la Francia republicana y potenciando así la crisis política que estaba por venir.

Por su parte, el fracaso de la insurrección destroza al CC de los 20 distritos y la mayoría de los comités de vigilancia cesan de enviar sus delegados al organismo central. Otras iniciativas para fomentar la coordinación entre los revolucionarios, como las ligas, adquirirán mayor peso⁵⁷.

En paralelo, desde noviembre está germinando una febril actividad clubista en París. En 1868 Napoleón había autorizado asambleas electorales y reuniones públicas de naturaleza no política. Las reuniones en los distritos periféricos eran más comunes que en los centrales. A las grandes reuniones acudía una media de 1.000-2.000 personas⁵⁸. Como hemos subrayado anteriormente, no era inusual escuchar un lenguaje de clase que hiciera hincapié en el antagonismo entre obreros y patrones y llamamientos a la acción revolucionaria del proletariado. Sin embargo, el relato más habitual enfatizaba la oposición al Imperio. De tal modo que los clubes tendían a reproducir y amplificar la identidad republicano-nacional, apoyándose sobre el distrito, núcleo básico de interacción social, lo que durante la Comuna de París dejará su impronta localista.

Durante el cerco de París, cuando unos 30 clubes se reúnen diariamente, la vigilancia policial en las reuniones desaparece de modo que se pueden expresar con mayor libertad. Aquí va arraigando la idea de que el Gobierno de Defensa Nacional está debilitando intencionadamente el esfuerzo bélico y que los reaccionarios pretenden restaurar la monarquía en Francia, de modo que la Comuna de París, el autogobierno del que carecía desde 1848, debe ser el baluarte de la República en Francia⁵⁹. La Comuna, que equivalía a autogobierno local, fue el denominador común que unificó a la vanguardia

⁵⁶ Ver Edwards, Op.cit. Pp.86-87 y Tombs, Op.cit. Pp.51-52.

⁵⁷ Johnson, Martin Phillip, *The Paradise of Association: Political Culture and Popular Organizations in the Paris Commune of 1871*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 1996. Pp.31-33.

⁵⁸ Gould, Op.cit. Pp.122-124.

⁵⁹ *Ibid.* P.138.

revolucionaria parisina (interconectada en el movimiento de los clubes, comités y ligas) en torno a un proyecto compartido. Y esta idea se fue difundiendo durante todo el cerco *a bombo y platillo*, de tal manera que las masas llegarán a identificar República con Comuna⁶⁰.

En los clubes (y comités de vigilancia, que fundaban clubes adjuntos) la vanguardia parisina se da a conocer, establece contacto con el pueblo, lo que redundará en su posterior elección al Consejo Comunal. Sin embargo, el marco organizativo de los clubes plantea varias limitaciones e interrogantes.

La relación vanguardia-masas es excesivamente vertical, no existe un vínculo interno que unifique ambos polos, sino que se trata de una dinámica sujeto-objeto muy marcada en la que los primeros hablan y los segundos escuchan: no conlleva una transformación de ambos elementos por la interacción mutua, no exige de las masas una intervención activa. De modo que los lazos entre ambos aspectos son excesivamente laxos y tampoco existe una actividad sistemática organizada por esta vanguardia que pueda mitigar esta exterioridad y reforzar sus relaciones con las masas. Y, recordemos, la burguesía tiene poder para movilizar masas sin trabajar en exceso su vinculación con ellas, pero éste no es el caso de unos revolucionarios que pretenden derrocar una República que por el momento mantiene el esfuerzo bélico contra los prusianos. No olvidemos, además, que los clubes no agrupan ni de lejos a una parte considerable de las masas parisinas, sino a una minoría; la asistencia media rondaba las 100-200 personas⁶¹ (desvinculadas orgánicamente del resto de las masas). En definitiva, este contexto relacional (entre vanguardia y masas) provoca la superioridad de los futuros factores externos en el acercamiento de las masas a las posiciones de su vanguardia (traición explícita del gobierno, restauración monárquica inminente...). De este modo, la vanguardia, si bien ha generado cierto caldo de cultivo que las masas irán asimilando con el tiempo a medida que los acontecimientos avancen, no podrá desencadenar ella misma los acontecimientos (aunque sí introducir ciertas orientaciones; a diferencia, por ejemplo, de la Revolución Rusa, donde ella misma planifica la insurrección), lo que confiere a la revolución comunal un carácter espontáneo.

Por todo esto la insurrección del 31 de octubre fracasa y también lo hará la del 22 de enero de 1871. Veamos más de cerca. El 6 de enero el CC de los 20 distritos, rebautizado

⁶⁰ También se difundirán consignas de carácter socialista desde organizaciones como el Club Democrático y Socialista o el Club de la Revolución: Edwards, Op.cit. Pp.90-91.

⁶¹ Tombs, Op.cit. P.53.

como Delegación de los 20 distritos, dominado por los blanquistas, publica el Póster Rojo, que plantea la toma del poder por un contragobierno designado por los comités de vigilancia y los clubes. Se trataba de una versión perfeccionada de la dictadura revolucionaria blanquista⁶². El 18 de enero la inepta salida para romper el asedio prusiano diseñada por Trochu, comandante militar, fracasa estrepitosamente y una multitud menos numerosa (algunos batallones de la Guardia Nacional guiados por jefes revolucionarios) que la del 31 de octubre avanza hacia el Hôtel de Ville vitoreando el advenimiento de la Comuna. La insurrección es reprimida y deja 30 muertos. La falta de apoyo determina su destino: la Delegación de los 20 distritos está fuera de sintonía con la población de París, que todavía no está dispuesta a derrocar a un gobierno republicano en medio de una crisis militar⁶³.

A las jornadas de enero les sigue la clausura de clubes y periódicos y la firma del armisticio el 27 de enero, que incluye el pago de 200 millones, el desmantelamiento de fuertes y el desarme del ejército.

El 8 de febrero se celebran elecciones para nombrar una Asamblea Nacional dotada de facultades para negociar las condiciones del armisticio. En París, la AIT, la Cámara Federal y la Delegación de los 20 distritos confeccionan una lista con un programa republicano y socialista⁶⁴ cuyo resultado electoral reflejará el apoyo, todavía minoritario, del que gozan en la ciudad: el 15% de los votos emitidos (unos 50.000). Desde noviembre, cuando obtuvieron la misma cantidad de votos en el plebiscito, los revolucionarios apenas han avanzado. Entre los sectores populares sigue predominando la oposición republicana radical: Blanc, Gambetta, Rochefort⁶⁵... Un mes después los mismos revolucionarios obtendrán más de 150.000 votos: para entonces, la izquierda republicana habrá evidenciado su bancarrota, la paz interclasista ya no será necesaria para continuar una guerra que ya ha finalizado y la Guardia Nacional, con predominio de los revolucionarios, se habrá convertido en el aglutinador del pueblo parisino.

Mientras tanto, una Asamblea Nacional con 400 monárquicos había sido elegida. En esta tesitura emerge un actor desde las sombras, presente en el drama, pero con un papel modesto hasta ahora: la Guardia Nacional (GN).

⁶² Johnson, Op.cit. Pp.35-36.

⁶³ *Ibid.* Pp.51-52.

⁶⁴ Para más detalle, ver *Ibid.* P.61 y Schulkind, Eugene, "The Activity of Popular Organizations during the Paris Commune of 1871", *French Historical Studies*, 1960, 1, nº4. Pp. 399.

⁶⁵ Edwards, Op.cit. P.116.

La Guardia Nacional y la victoria del levantamiento comunero

Como ya apuntamos anteriormente, en septiembre de 1870 el pueblo es armado, lo que significa que se encuadran militarmente en la Guardia Nacional unos 300.000 hombres. La GN era una milicia nacional, inicialmente contemplada para que los ricos defendieran sus intereses de clase (de hecho, exceptuando los momentos revolucionarios, su reclutamiento estaba sujeto al nivel de renta), pero que el devenir de los acontecimientos transformó en un ejército ciudadano con facultad de elegir y revocar a sus propios oficiales. La GN era sustituta del centro de trabajo, proveedora de ingresos familiares, fuente de estatus en el barrio, organización de ocio, expresión del patriotismo... lo que la hacía el instrumento de integración social local; además, la elección de los oficiales y delegados implicaba una actividad política constante⁶⁶. Era, en definitiva, donde se ventilaba la praxis (relaciones sociales) de las masas parisinas desde septiembre. Con el cierre de los clubes y reuniones públicas en febrero su papel se realza, operando las compañías de la GN como reuniones públicas permanentes. Esto sucede en un contexto en que el vacío de poder en París empieza a acentuarse: el gobierno está en Burdeos, el ejército carece de armas, no hay policía en las calles⁶⁷...

En esta coyuntura un acontecimiento casual va a tener lugar: Vrignault, un periodista con ambiciones electorales para los comicios del 8 de febrero, invita a los batallones de la GN a enviar delegaciones a las reuniones que celebra en el Circo Nacional. Después, los delegados continúan reuniéndose hasta que entre el 15 y el 24 de febrero la Guardia Nacional se federa creando un Comité Central con la intención de, según sus propias palabras, “mantener por todos los medios la República, que está por encima del sufragio universal”⁶⁸.

A la reunión del 15 de febrero acuden 7200 delegados representando a 215 batallones; en la reunión del 24 de febrero la Guardia Nacional se reestructura en círculos de compañía (1325 de 2500 compañías se adhieren), batallones (215 de 242 se suman), Legiones (distritos) y Comité Central. La GN se arroga la competencia de escoger a sus propios jefes, es decir, deja de responder ante el Ministerio de Asuntos Internos francés para responder ante su propio Comité Central: se desafía directamente la autoridad del gobierno, haciendo caso omiso de las órdenes que dicte.

⁶⁶ Tombs, Op.cit. P.50.

⁶⁷ Ross, Kristin, *Lujo Comunal. El imaginario político de la Comuna de París*, Madrid: Akal, 2016. P.22.

⁶⁸ Rougerie, Op.cit. P.18.

La Guardia Nacional estaba firmemente asentada en los barrios obreros: mientras que el 90% de las compañías se sumaron a la Legión del distrito 20, el 80% en los distritos 3, 5 y 12, y solo el 20% en los distritos burgueses 1, 7, 8 y 16. Su composición reflejaba al París popular: el 63% eran trabajadores, el 15% empleados y el 8% profesionales liberales ⁶⁹.

El CC de la GN estará al principio integrado por desconocidos, como la propia AIT reconoce y teme, pero la lucidez y visión política de algunos líderes revolucionarios como Varlin empuja a la vanguardia de París a participar activamente en los batallones para ganar su confianza y ser elegidos como delegados del CC. Para el 3 de marzo 16 de los 31 miembros del CC son internacionalistas⁷⁰ y sus reuniones se celebran en la Plaza Corderie, sede de la AIT y de la Cámara Federal. Las masas reconocen en los internacionalistas y otros miembros del CC de los 20 distritos a sus líderes naturales, tanto por su referencialidad “mediática” en los clubes como por su perspectiva estratégica, manifestada, entre otros, el 1 de marzo. Ese día una delegación de la AIT es invitada a la reunión del CC de la GN para valorar la entrada de los prusianos a París prevista por el armisticio. El CC pretende enfrentarse con las armas a los prusianos, un suicidio que la AIT evita persuadiéndole de que les permita acceder únicamente a una parte de París, blindando el resto con barricadas. El 1 de marzo los barrios aparecen sellados y las tiendas cerradas; una auténtica demostración de poder e influencia por parte de las masas encuadradas en la GN⁷¹.

A partir de entonces, el vacío de poder que padecía París desde febrero es ocupado por la Guardia Nacional, un *proto-sóviet* que materializa la dictadura del proletariado parisino enfrentada a la dictadura burguesa. Elegibilidad, revocación, fiscalización diaria de sus delegados... todo esto en el marco del ejercicio de su propio poder armado, desoyendo y enfrentando las directrices del poder legal⁷².

Bajo el influjo de esta experiencia política los acontecimientos de marzo son procesados como el enfrentamiento entre la Comuna, que representa a la verdadera República, y la monarquía, envuelta bajo el manto de la República. Ahora, siempre que la República vigente cuestione sus propios pilares, el pueblo parisino lo codificará en los hechos como un atentado contra la República que merece ser respondido. Y, precisamente, en marzo se descapitaliza París, se nombran orleanistas, se aprueban leyes sobre la

⁶⁹ Rougerie, Op.cit. Pp.18-19.

⁷⁰ Johnson, Op.cit. Pp.75-78.

⁷¹ Gluckstein, Op.cit. Pp.115-116.

⁷² Ver Tombs, Op.cit. Pp.64-65; Edwards, Op.cit. Pp.125-129 y Lefebvre, Op.cit. P.231.

moratoria de alquileres, se sentencia a muerte a Blanqui y Flourens, se suprimen periódicos republicanos, se reemplaza a Clément-Thomas por el orleanista D'Aurelles al mando de la GN, se elige al bonapartista Vinoy como gobernador de París, se somete el sueldo de la GN a la condición de indigencia (lo que era un ataque directo al cuerpo armado de las masas)...

La Comuna estaba en ciernes y solo faltaba el golpe definitivo para que el pueblo se decidiera a tomar las riendas de sus propios asuntos reemplazando al viejo Estado. La burguesía francesa debía desarmar al proletariado parisino como condición para reactivar la economía: “Los hombres de negocios iban por ahí repitiendo constantemente que solo comenzarían las operaciones financieras cuando todos esos desgraciados fueran eliminados y se les quitaran los cañones”⁷³. Y, más allá de factores económicos, la burguesía no puede franquear durante un largo periodo la última barrera de su dominación: la división del trabajo en el ejercicio del poder armado (es decir, el ejército permanente frente al pueblo en armas). El intento de arrebatarse los cañones a la Guardia Nacional da el pistoletazo de salida para que el pueblo se alce en armas y conquiste el poder en París el día 18 de marzo. Acto seguido el gobierno francés se traslada a Versalles, desde donde emprenderá una ofensiva para derrocar la Comuna de París.

Conclusiones desgranando el significado del 18 de marzo

Tras un somero análisis estructural del contexto sociohistórico previo a la Comuna de París, caracterizado por las resonancias y tareas pendientes de la revolución burguesa y por la insuficiente formación del proletariado como clase, y un esbozo de los acontecimientos más inmediatos que preceden a la Comuna de París al calor de estas premisas, conviene desentrañar con mayor exhaustividad la vinculación de nuestro marco teórico con la insurrección del 18 de marzo de 1871, extrayendo varias conclusiones.

Dada una tesitura de crisis aguda (guerra, erosión de estructuras políticas, hambre...), solo en la medida en que se ponen en riesgo (República) o quedan pendientes conquistas históricas democráticas (gobierno municipal), es decir, solo dentro del marco republicano arraigado del que hemos hablado, se justifica la insurrección comunera: “El Comité Central no es la cabeza de columna de un partido, no tiene un ideal que realizar.

⁷³ Thiers en Santamaría, Alberto, “La imagen del pueblo. Poética de la Comuna y estética revolucionaria”, en *¡Viva la Comuna! Los 72 días que conmocionaron Europa*, ed. por Miguel Urbán y Jaime Pastor, Barcelona: Bellaterra, 2021. P.117.

Solo ha podido agrupar a tantos batallones una idea sencillísima: defenderse de la monarquía⁷⁴. Así las cosas, continúa operando el imaginario colectivo democrático-burgués como recurso espontáneo de movilización de masas para la insurrección. Igualmente, la conciencia nacional, digna heredera de la revolución burguesa, desempeña un papel determinante al incentivar el armamento de los obreros y la politización de los sectores de las masas más adormecidos en un contexto de incapacidad de la burguesía francesa para absorber masas.

Por otro lado, relacionado con lo anterior, la pervivencia formal de la República (que armoniza las pretensiones históricas de las masas con su realidad política contemporánea) jugó contra la sublevación popular, especialmente durante la guerra (neutralizando las tentativas de derrocar a un gobierno legitimado por esa forma política en un contexto de lucha contra el enemigo exterior), pero también después del armisticio, cuando la República sigue empleándose como disfraz para ocultar las pretensiones monárquicas de diversas fracciones.

Y, una dificultad añadida: no hay, como había sucedido hasta ese momento en todas las revoluciones, fracción burguesa (sector con capacidad de influencia) dispuesta a espolpear a las masas. Como apunta Tombs, la novedad de la Comuna frente a otras revoluciones es que el liderazgo político no recae sobre la burguesía media, sino sobre los obreros cualificados (que representan a la mitad de los consejeros comunales)⁷⁵. Ahora es el propio pueblo quien debe levantarse, sin aliciente externo, y luchar contra un Estado formalmente democrático. Para ello se quiere un grado de confianza y conciencia superiores al de las revoluciones anteriores.

Esta brecha es suturada por la Guardia Nacional. Como órgano de poder de masas, logra coser la reivindicación de la República, innata pero insuficiente para superar la coyuntura (ya no se trata de protagonizar una mera sublevación, sino de autogestionarse), con la necesidad proclamada por la vanguardia parisina de construir la Comuna de París. En la GN la idea comunal como salvaguarda de la República, difundida por la vanguardia parisina, cobra vida, se convierte en una fuerza material en tanto que la experiencia política les permite a las masas codificar y transformar la realidad en esos mismos términos. Aquí el proletariado aprende a confiar en sus propias capacidades para gobernarse a sí mismo frente a unas instituciones burguesas que se traicionan

⁷⁴ Lissagaray, Prosper Ollivier, *La Comuna de París*, Tafalla: Txalaparta, 2004. P. 97.

⁷⁵ Tombs, Op.cit. Pp.114-116.

constantemente a sí mismas. El desplazamiento de los clubes a la Guardia Nacional sella así el éxito de la revolución: los primeros implicaban un contacto externo entre ambos polos (vanguardia y masas), mientras que el segundo los unifica en la práctica. Los clubes y comités de vigilancia no se quedaron al margen de un movimiento que los desbordaba, sino que se integraron en las estructuras de la GN para coordinar y dirigir sus acciones.

Durante este proceso el contenido del concepto República y Comuna se ve desbordado, la agregación de cantidad (llevar hasta su extremo la revolución democrática) deviene calidad: la República abre paso a la disolución del Estado en las masas, a la dictadura del proletariado⁷⁶, que rompe con la división del trabajo burguesa en la esfera de la política, negando al Estado su autonomía frente a la soberanía popular.

Finalmente, en todo esto, ¿qué pinta el concepto de clase? ¿Hubiese sido posible una revolución de este tipo protagonizada por los *sans-culotte*?

En primer lugar, sin la lucha histórica entre proletariado y burguesía, ésta última no hubiese desarrollado semejante miedo al pueblo armado. Desde 1848, cuando el proletariado aparece por primera vez como clase, la burguesía se percató de que su hermano pequeño ya no es su apéndice, sino que ha golpeado el tablero político para presentar sus propios intereses. La victoria sobre los prusianos era la victoria del pueblo proletario, que no se dejaría embaucar tan fácilmente por los usurpadores burgueses, poniendo encima de la mesa sus propias reivindicaciones y llegando a cuestionar (como en 1848) la dominación política burguesa, fusil en mano. Esto aterrizzaba a la burguesía, cuyo “primer mandamiento” consistía en desarmarlos⁷⁷, provocando de esta manera tanto la deslegitimación de sus propias estructuras durante la guerra (por sus vacilaciones e inclinación a la traición), como la autodefensa insurreccional del proletariado el 18 de marzo al tratar de arrebatarle los cañones.

En segundo lugar, por su posición social, solo el proletariado podía desencadenar semejante explosión revolucionaria y mantenerse firme. La pequeña burguesía, clase sin iniciativa histórica, no podía inspirar un enfrentamiento directo con la gran burguesía, sobre todo en una coyuntura en que ya había saciado su hambre de propiedad; ya en junio de 1849 había demostrado que sus amenazas eran vacuas. La pequeña burguesía solo puede ser arrastrada al escenario político por mediación de otras clases: durante la Comuna lo

⁷⁶ Ver Lenin, Vladimir, *El Estado y la revolución*, 1917.

⁷⁷ Engels, Friedrich, *Introducción a la Guerra civil en Francia*, 1891.

hizo siguiendo las pisadas de la clase obrera⁷⁸. Es disparatado pensar que cualquier otra clase hubiese sido capaz de protagonizar la gesta comunera espontáneamente, como lo hizo el proletariado parisino; solo quienes “no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas”⁷⁹ pueden.

En tercer lugar, en la actividad huelguística y clubista que el proletariado protagonizó durante los años 60, a pesar de que la identidad que despuntase no fuera nítidamente la de clase, lo que realmente se ventilaba eran intereses de clase. Estas luchas eran la expresión del conflicto capital-trabajo, epifenómenos del mismo, por lo que la Comuna también debe considerarse, en última instancia, como consecuencia del conflicto capital-trabajo.

Es así que las luchas de clases en Francia, en su sentido más amplio, van forjando un sujeto político con gran potencialidad revolucionaria, a pesar de que no se reconozca todavía a sí mismo. Este hilo rojo que atraviesa a dos o tres generaciones de obreros entre 1830 y 1871 brinda al proletariado un bagaje que, independientemente de cómo sea procesado por sus integrantes, le cualifica (en conjunción con el indisociable legado revolucionario democrático-burgués que porta) para protagonizar una experiencia práctico-revolucionaria que desborda los cauces republicanos y cristaliza finalmente en dictadura del proletariado.

En este sentido, llegamos a la conclusión de que la Comuna fue “fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora”⁸⁰ y, simultáneamente, de los últimos fogonazos de la revolución burguesa en Europa.

⁷⁸ Marx, Karl, *Borradores de la Guerra Civil en Francia*, 1871.

⁷⁹ Marx y Engels, *El Manifiesto Comunista*.

⁸⁰ Marx, *Borradores de la Guerra Civil en Francia*.

Bibliografía

- Aminzade, Ronald. *Ballots and Barricades: Class Formation and Republican Politics in France, 1830-1871*. Princeton: Princeton University Press, 1993.
- Ceamanos, Roberto. *La Comuna de París (1871)*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2014.
- Dolleans, Édouard. *Historia del movimiento obrero. Tomo I. 1830-1871*. Algorta: Zero, 1969.
- Edwards, Stewart. *The Paris Commune 1871*. Londres: Eyre and Spottiswoode, 1971.
- Engels, Friedrich. *Introducción a la Guerra Civil en Francia, 1891*. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/intro.htm>
- Gould, Roger. *Insurgent Identities: Class, Community and Protest in Paris from 1848 to the Commune*. Chicago: University of Chicago Press, 1995.
- Gluckstein, Donny. *The Paris Commune: A Revolution in Democracy*. Londres: Bookmarks Publications, 2006.
- Heller, Henry. *The Bourgeois Revolution in France 1789-1815*. Nueva York: Berhahn Books, 2006.
- Hobsbawm, Eric. “La formación de la clase obrera, 1870-1914”. En *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Editado por Josep Fontana, 238-263. Barcelona: Editorial Crítica, 1987.
- Hobsbawm, Eric. *Los ecos de la marsellesa*. Barcelona: Editorial Crítica, 1992.
- Hobsbawm, Eric. “Notas sobre la conciencia de clase”. En *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Editado por Josep Fontana, 29-51. Barcelona: Editorial Crítica, 1987.
- Hobsbawm, Eric. *La era de la revolución (1789-1848)*. Buenos Aires: Crítica, 2009.
- Hobsbawm, Eric. *La era del capital (1848-1875)*. Buenos Aires: Crítica, 2010.
- Johnson, Martin Phillip. *The Paradise of Association: Political Culture and Popular Organizations in the Paris Commune of 1871*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1996.
- Lefebvre, Henry. *La proclamación de la Comuna*. Pamplona: Katakarak, 2021.

Lenin, Vladimir. *El Estado y la revolución*, 1917. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/estyrev/>

Lissagaray, Prosper Ollivier. *La Comuna de París*. Tafalla: Txalaparta, 2004.

Löwy, Michael. *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972.

Lukács, Georg. *Historia y conciencia de clase*. Madrid: Siglo XXI, 2021.

Marx, Karl. *Borradores de la Guerra Civil en Francia*, 1871. Disponible para descarga aquí: <https://es.scribd.com/document/453641695/405932902-Marx-I-y-II-borrador-de-La-Guerra-Civil-en-Francia-pdf-pdf>

Marx, Karl. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política I*. Madrid: Siglo XXI, 1998.

Marx, Karl. *La Guerra Civil en Francia*, 1871. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/index.htm>

Marx, Karl. *Miseria de la filosofía*, 1847. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1847/miseria/index.htm>

Marx, Karl y Engels, Friedrich. *El Manifiesto Comunista*, 1848. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>

Merryman, John. "Introduction". En *Consciousness and Class Experience in Nineteenth-Century Europe*. Editado por John Merryman, 1-16. Nueva York: Holmes & Meier, 1979.

Moss, Bernard. *The Origins of the French Labor Movement. 1830-1914: The Socialism of Skilled Workers*. Berkeley: University of California Press, 1976.

Ollivier, Albert. *La Comuna*. Madrid: Alianza Editorial, 1967.

Rose, Barrie. "The Paris Commune: the Last Episode of the French Revolution or the First Dictatorship of the Proletariat?". En *Paradigm for revolution? The Paris Commune 1871-1971*. Editado por Eugene Kamenka, 12-29. Sidney: The Australian National University, 1972.

Rosenberg, Arthur. *Democracia y socialismo*. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1966.

Ross, Kristin. *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*. Madrid: Akal, 2016.

Rougerie, Jacques. *La Commune de 1871 (Que sais-je?)*, 2014. Disponible en <https://es1lib.org/book/4111844/3de7df>

Rudé, George. *La Europa revolucionaria: 1783-1815*. Madrid: Siglo XXI, 1974.

Santamaría, Alberto. “La imagen del pueblo. Poética de la Comuna y estética revolucionaria”. En *¡Viva la Comuna! Los 72 días que conmocionaron Europa*. Editado por Miguel Urbán y Jaime Pastor, 105-126. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2021.

Schulkind, Eugene. “The Activity of Popular Organizations during the Paris Commune of 1871”, *French Historical Studies* 1, n.º 4 (1960): 394-415.

Thompson, Edward Arthur. “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?”. En *Tradicción, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Editado por Josep Fontana, 13-61. Barcelona: Editorial Crítica, 1984.

Tombs, Robert. *The Paris Commune 1871*. Cambridge: Routledge, 1999.

Trotsky, León. *Bajo la bandera de la Comuna*, 1917, Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/eis/1917.BajoBandeComuna.pdf>

Trotsky, León. *Las lecciones de la Comuna*, 1921. Disponible en https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1920s/1921_0204_1.htm